

pero pástate la noche al sereno y verás si se te mete dentro la humedad de la noche. Tiritera y asma como Salustiano antes del trago de anís de las mañanas. Pero él nunca se ha quejado de eso. Se queja del ántrax, sin dejar de brotar, inclinándole la cabeza hacia abajo, hacia el puño de la garrota. A lo mejor esa tos y esa apariencia de estar siempre enfriado no tienen importancia, o por lo menos no le molestan.

La mujer entraba, salía, abría y cerraba cajones de la cómoda, dejaba una camisa sobre la cama, se llevaba fuera de la habitación los arrugados pantalones.

—Vaya tipo el tal Salustiano. Cuando no está en la obra le encuentras en la taberna. Sentado al resguardo de la tapia o de un montón de ladrillos, en cucullas junto a los rescaldos que tiene en una lata o al lado del mostrador, en una banqueta, con la cabeza baja y las miradas resbalando cejas arriba, como si estuviera durmiendo o pensando, pensando...

El marido también llevaba sus pensamientos por un derrotero semejante:

—Da pena. Parece un buen hombre. Siempre sentí deseos de hacer algo por él, pero ¿qué puedo yo hacer? En cambio, ha sido él quien ha hecho por mí. Y bastante. Me ha encontrado trabajo. Me ha pedido que ocupe su puesto en la obra. Me ha dado una solución.

Se oían, desde la cocina, los planchazos con que se pretendía reducir la resistencia del pantalón a volver a su estado primitivo, antes de rodilleras y brillos. La habitación, sin la solicitud de la mujer se hacía más cordial, desaparecía de ella parte de la tensión que los envolvía. La atención femenina hacía lo menudo y secundario, transformaba el cuidado en molestia. La soledad liberaba de posibles acosos las relaciones entre los dos.

El pensamiento del hombre, cansado de resolver los mismos temas, descansaba, dejándose arrastrar por la memoria:

—"La alcubana. Comidas". Un a puerta enristalada en su parte superior, con visillos. Un suelo que fueron ladrillos rojizos y ahora se habían desgastado, borrando sus juntas, unificándose en una superficie arenosa que manchaba las suelas de los zapatos y el borde de los pantalones. Allí, cerca de la imprenta. Muchas mañanas entraba. Un vaso de vino ayuda a seguirse enfrentando con el trabajo, con el corretear de las calles, con las horas perdidas. Y siempre aquel otro hombre frente a su vaso a medio vaciar, meditando o quizá durmiendo. Fue naciendo una red de confianzas, apenas anudada en medias palabras, en asentamientos, en miradas, entre las dos mujeres que atendían al mostrador, él y el viejo. Un día claro llenó de sombra la taberna un nubido repentino. Cayó un chubasco. No era posible salir. Tomó asiento, en una banqueta, allí, al lado del mostrador. Y, de pronto, como tras el inicio de una película, una sucesión de imágenes: la vida del viejo, de Salustiano.

Guarda nocturno en las obras del cine. Promesa de entrar como acomodador. Había tenido mucho dinero — ¡mucho! —. ¿De verdad? ¿Era un recuerdo cierto o la fantasía de toda una vida en la pobreza? Podría ser la representación de un persona-

das respuestas a su mujer, aunque en el fondo era la misma:

—Traeré el sillón. Como si eso fuera lo que importa. Y sería capaz de bordar un pañito para ponérselo en el respaldo. Y yo, en tanto, allí, en aquella cárcel, que ni siquiera tiene carcelero. Un perrillo es lo que debería estar buscando. Todos los guardas nocturnos tienen siempre un perrillo a su lado. También Salustiano lo tiene, y seguramente no se lo va a llevar. Ni sabrá dónde acomodarlo.

—Mira, los calcetines gruesos que te regalé por Reyes te vendrán bien. Te voy a ir haciendo otro par. Para dentro de ocho días, cuando los vayas a necesitar, ya estarán acabados.

—Calcetines. Calor. Humedad. Frío. Las paredes recién levantadas, con el frío del cemento y el yeso. Luego esa frialdad penetrante de la pintura fresca. Una tiritera metida en los huesos, y el asma, como Salustiano. En esta tierra no hace frío,

ricamente. Y también se podrá llevar un sillón. Eso es lo mejor. Además, son solo unos días. Luego...

—Oye, te llevas el sillón que tiene mi madre en el recibidor. A ella no le hace ninguna falta. Nos lo dará.

—Sí, lo dará. Buena se va a poner cuando se lo diga, pero acabará por ceder, como siempre. Si no protesta, parece que no le hace provecho. Sacará a relucir que es lo único que queda del chalet del Grao: el sillón de bambú. Que como es tan viejo, todos estamos nada más que a quitarle lo poco que tiene.

Probablemente, mientras la mujer pensaba así, llegó una respuesta a sus palabras anteriores. Breve, de pocas palabras, casi silábica, pero respuesta. Con menos palabras resonando en el aire de las que en realidad había tenido.

El hombre seguía su propia conversación interna con más gusto que la que formaban las apenas pronuncia-



Enrique Navarro.

**D**ESPUES de todo, es un trabajo cómodo. Tiene de malo el que haya que dormir de día y pasar la noche en vela, pero eso lo hace mucha gente.

El pensamiento se hizo voz. La horadante preocupación adoptó acentos de pregunta sin importancia:

—¿Vas a ir ahora a la obra?

¿Hubo respuesta? ¿Llegó a serlo el sonido, entre gruñido y aquiescencia con que él intervino? El pensamiento continuaba sin esperar a hacerse frase ni la réplica necesaria para continuar:

—Además que nadie va a saber si se pasa la noche despierto. A ver quién le va a quitar que se eche un sueñecito. En una sillita como las que he visto en la obra esa de ahí, junto al mercado. Ponen el respaldo apoyado en una pared y las dos patas de delante al aire y se están tan

je de novela radiofónica, el millonario empobrecido. Podía ser también lo que se veía: un obrero sin fuerzas ni capacidad para otra cosa que ocuparse con su presencia a los rateros que merodeasen por un solar o un edificio en construcción. Algo así como un espantapájaros. Estaba casado. Hablaba de su mujer con una lejanía que parecía haber dejado atrás el odio, el asco, los rencores. Pero, a partir de aquella primera conversación no dejaba de mencionarla, aunque solo cruzara por sus palabras como una referencia indispensable. Vivía solo en una pensión que se suponía miserable, con mal olor a humedad y pobreza. Algunos días venía de hacer una visita a su mujer y se adivinaban en su encogimiento humillaciones recientes. Un día lloriqueó al contarle que no le había

labor. Escasa subvención. Generosidad de los dueños empleándolo para pequeñas tareas de cobrador de recibos, de mozo.

Hasta que inesperadamente le ofreció Salustiano dejarle su puesto. Le dio la noticia sin cambiar su apagado tono de voz ni darle importancia. Ya había hablado con don Ramón, el dueño del cine. Estaba de acuerdo en todo. Sabía lo de los medios dedos de la mano derecha, pero eso no impedía vigilar por la noche, como tampoco recoger las propinas de los espectadores.

Al acabar, la propuesta fue la primera oportunidad de considerar algo parecido a una sonrisa en el medio oculto rostro de Salustiano. También la primer respuesta a una pregunta directa suya:

—He hecho bien mis planes. Tengo

didós con pulcritud a los pies de la cama. También volvían los pensamientos de ella:

—Con la ropa repesada y planchada no tiene aspecto de pretender para guardar. Además, es joven. Le pondrán pronto de acomodador, o de algo de oficina que pueda hacer.

El hombre, también por la presencia de ella, insistía en el mismo razonar:

—Ya es hora de vestirme. ¿Tendré que empezar hoy mismo? Probaremos. ¿Será muy molesto trabajar de noche? Bueno, así me preparo para las trasmochadas de los acomodadores.

Golpes a la puerta. No muy fuertes ni muy imperiosos, pero nada

una obra. Dejó una carta para usted. El juez quiere verle. ¿Hace mucho que le conoce? ¿Cuándo ha estado con él? ¿Por qué cree que lo habrá hecho?

Con la torpe y mutilada mano izquierda trataba de arreglar los abullonados faldones de la camisa que adivinaba mal colocados a su espalda. Se dejó caer en una silla ordenando las respuestas con la misma torpeza, mientras su mujer le ataba los cordones de los zapatos.

Por fin se pudo ir con ellos. La mujer quedaba silenciosa, absorta, casi sin vida. Uno de los policías la interpretó mal y se volvió, ya desde la escalera.

—No tiene que preocuparse, señora. El Salustiano ese se ha suicida-

# EL SILLONCITO

dejado pasar porque le iba a manchar el suelo, recién fregado. "Y se ha quedado con todo el dinero", repetía una y otra vez. Otros días venía de la consulta del hospital. Entonces era más perceptible la tortura de su ántrax, surgiendo irrefrenable, cargándole de amarguras. En una de aquellas ocasiones explicó:

—No quiero ir a médicos. ¿Qué tan a hacer? Es la mala sangre que me sale. Mira cómo antes no tenía nada.

A su vez, Salustiano supo de él. De sus dedos cortados por una guillotina, por meterse a hacer algo que no le correspondía en el taller. Imprudente temeraria. Inutilidad parcial. No accidente del trabajo, sino imprudencia fuera de las horas de

hora para mañana en una clínica. Me va a ver un especialista. En la obra me dan dos pagas, como si no fuera yo quien se ha despedido. Me voy a comprar un traje. Luego tengo que hablar con mi mujer...

Si. Tenía aspecto de contar con planes nuevos. Como al día siguiente. Hasta llevaba la cabeza un poco más levantada y no le acompañaba su bastón.

—Puedes pasarte por la obra mañana a eso de las doce. Te espera don Ramón. Habíamos quedado en que fuera yo contigo, pero no va a poder ser. Tiene igual; está todo arreglado.

Volvían los ruidos, la mujer. Los pantalones quedaron doblados, ten-

familiares ni amistosos. La mujer corrió la cortina que separaba el dormitorio del comedor. Oyó él las voces aplomadas, seguras. Comprendió quiénes eran, aunque no podía suponer qué querían. Asomó un momento la cabeza. Con una confusión que no le dejaba pensar comenzó a ponerse la camisa y los pantalones. Salió descalzo, abrochándose todavía. La mujer se le dirigía explicándole lo que ya había comprendido:

—Es la policía. —Y a ellos—: Mi marido.

—¿Conoce usted a Salustiano Nebot?

—Sí. ¿Qué le pasa?

—Se ha tirado desde lo alto de

Por JORGE CAMPOS

do. Su marido solo tiene que venir un momento. Es un trámite.

Y al oír que su compañero le llamaba desde la escalera:

—Vuelve dentro de un rato.

Pero la mujer atendía más a su pensamiento, que resonaba con más fuerza:

—Ahora sí que tenemos el puesto. Voy a bajar a la tienda y llamar por teléfono a mi madre para que me deje el silloncito.

(Ilustraciones de Enrique Navarro.)



Enrique Navarro